



PREMIO IBEROAMERICANO DE NARRATIVA MANUEL ROJAS 2014

Discurso de agradecimiento de Horacio Castellanos Moya

Recibo con profundo agradecimiento el Premio Iberoamericano de Narrativa “Manuel Rojas”. Es para mí un honor y motivo de regocijo. Lo recibo, además, con perplejidad y cautela, como un regalo que la Diosa Fortuna ha puesto en mi camino sin que yo lo pidiera o esperara, y que por lo mismo me produce cierto temblor, pues se dice que ella no otorga sin tomar algo a cambio.

Procedo de un país donde el oficio de escritor de ficciones significa casi nada. He escrito mis libros en medio de la indiferencia, sino de la franca animadversión de muchos de mis coterráneos. Me acostumbré a que se me denostara por ellos y no a recibir estímulos ni premios. De ahí la perplejidad, pero de ahí también una de las pocas virtudes que les puedo atribuir sin sonrojarme: han sido escritos con la mayor de las libertades, sin cortapisas, sin querer endulzar el oído del poder político, de la opinión pública, o del mercado. En ese sentido expresan mi mayor y más preciada libertad personal, un coto aún inexpugnable. Escribir literatura, para mí, sólo tiene sentido si lo que quiero contar responde a una intensa e inevitable necesidad de expresión, a una pulsión vital; sólo si una historia me está quemando por dentro me dedico a deshacerme de ella, a retorcerla, a reinventarla de acuerdo con mi propia imaginación, rabia, burla, compasión.

Mi forma de asumir la literatura procede por supuesto de una ruta muy particular; otros escritores transitan caminos diferentes. Aunque todos, ya sea que lo asumamos o no, estamos atados a nuestro tiempo, a nuestras circunstancias, a nuestra historia. No importa que se escriba con la ilusión de romper esa atadura.

Yo me formé en un país desgarrado luego de 50 años de régimen militar, un régimen que se caracterizó por una brutalidad en todos los ámbitos, y que condujo al país a una guerra civil. Mi generación, quizá la última formada al calor de la Guerra Fría (valga la paradoja), se fue a la guerra, a la guerra de verdad durante una década. Escribir literatura de ficción en tales circunstancias, apelar a la imaginación para escribir un cuento o una novela, parecía un despropósito, un desatino. El peso de la historia inmediata era tiránico; el establecimiento de una verdad histórica era la demanda de esos tiempos; a los géneros testimoniales y periodísticos se les atribuía toda la vigencia. En esas circunstancias escribí mis primeros cuentos, sin expectativas de que fueran publicados, de que fueran leídos por un público más allá de mis pocos amigos. Por eso digo que sólo escribo ficciones si el impulso responde a una profunda necesidad interna, personal; por eso nunca entendí la idea del compromiso como algo impuesto por leyes externas, por dogmas políticos, sino como algo intrínseco al oficio, a lo que Canetti llamaba la conciencia de las palabras; por eso me acostumbré a escribir sin pensar en el lector ni en el precio que luego tendría que pagar por lo escrito, porque siempre se paga un precio.

¿De dónde procede esa necesidad de expresión? Me parece que de la violencia que ha herido mi aparato perceptivo, o quizá de un sentido de la justicia, o de una intensa pulsión de rebeldía, o del rencor ante la impunidad y de las ganas de cobrarle cuentas a la historia. Podría decir, como Cioran, que todo lo que he escrito ha sido un ajuste de cuentas, conmigo mismo y con el mundo que me rodea.

Pero que mi memoria no me permita ser ingrato.

Un solo premio había recibido en mi vida antes de éste con el que hoy se me honra. Fue en mi país por mi primera novela. Contaré la anécdota porque me parece ilustrativa de las condiciones que ayudan a explicar lo que escribo y porqué lo escribo. Corría el año 1988, en el fragor de la guerra civil. La Universidad Centroamericana (UCA) “José Simeón Cañas”, dirigida por sacerdotes jesuitas, convocó a un premio nacional de novela. Envié mi manuscrito desde México, donde yo vivía exiliado. Meses

después supe que había resultado ganador. Me preguntaron si me atrevería, en medio de la carnicería, a visitar San Salvador para recibir la presea. Dije que sí; mi vanidad fue entonces más fuerte que mi miedo. Yo había trabajado en México durante cuatro años como periodista de una agencia de prensa vinculada a un grupo guerrillero, y aunque había salido de esa empresa asqueado por las purgas internas en ese grupo, mi probable expediente en los archivos del ejército no era como para hacerme ilusiones. Viajé a San Salvador en mayo de 1989, muerto de miedo, cuando la guerra arreciaba en la ciudad y en las zonas circundantes. Sólo les había puesto una condición a los organizadores del premio: que no se distribuyera un solo ejemplar de la novela sino hasta en la ceremonia de premiación. Porque la novela trataba precisamente sobre cómo el asesinato y el suicidio de los dos máximos dirigentes guerrilleros en medio de una pugna interna había resquebrajado la moral de un grupo de jóvenes militantes en el extranjero. Por eso no quería que el libro se leyera antes de mi llegada, porque entonces yo no hubiera estado en la mira de un bando sino de los dos, tal como luego sucedió. Regresé a México de inmediato. Nada se publicó en El Salvador sobre el libro y nunca más se volvió a convocar a ese premio. A los sacerdotes jesuitas que dirigían esa universidad los asesinó cobardemente el ejército seis meses después de mi visita, en los estertores de la guerra civil. Enseguida vinieron las negociaciones de paz, la firma de los acuerdos y la construcción de la democracia. Pero no se incomoden, no hablaré de política. Sólo afirmaré que esa fue una guerra inevitable, justa, si se ve desde un pueblo que fue reprimido y excluido hasta los peores extremos, al que no se le dejó salida política. Sin esa guerra no existiría la democracia que ahora existe.

Fue en esas condiciones en las que varios escritores centroamericanos fuimos escribiendo nuestra obra; fueron esas lacerantes heridas en la memoria las que segregaron la materia narrativa de muchos de nuestros libros. Aunque algunos autores, como su servidor, seamos sarcásticos, apelemos a la sátira, al humor, a la duda constante, no se debe perder de vista que lo que yace muy adentro es el dolor del hombre-escritor y de la sociedad que lo produjo, y también su sentido de la sobrevivencia.

Pero esos son los tiempos idos, de donde vengo y donde me hice escritor.

No quiero parecer trágico.

La literatura es gozo, asombro, aventura, la mejor aventura, creo yo, para sumergirse en las sinuosidades del espíritu humano, en las pasiones que lo atormentan y lo exaltan, en el misterio que palpita en el corazón de la vida y que es la esencia de la muerte.

En estos nuevos tiempos muchos se preguntan qué papel juega el escritor en sociedades democráticas, acicateadas por la tiranía del mercado, embobadas por el encanto de la tecnología, hipnotizadas por la tontería de la celebridad. ¿Morirá la novela, languidecerá la literatura en medio del culto a la imagen y los cambios provocados por el Internet?

Nunca en su historia el ser humano había vivido una época de tanta autocomplacencia, de tanta auto celebración, de tanto auto bombo, como se vive ahora gracias a la tecnología y sus redes: todos debemos parecer guapos, felices, exitosos, lejos del fracaso, la enfermedad y la muerte. La nueva mentira de la época, la nueva ilusión: la felicidad obligatoria. Pero basta consultar el otro lado de esas mismas redes para constatar que la matanza, el saqueo, la injusticia y el dolor persisten por doquier.

El ser humano sigue siendo el mismo: enraizado en la mentira, empecinado en negarse sus lados oscuros, en achacar al otro la culpa de lo que no vemos ni asumimos en nosotros mismos; pero también capaz de grandes virtudes. Somos la contradicción andante. Por eso creo que la literatura no desaparecerá. Mientras las pasiones permanezcan en el corazón del hombre, la literatura seguirá viva, hurgándolas, apoderándose de ellas para contar historias. En el uno estamos todos, la especie que se interroga sobre su razón de ser en este planeta.

Quiero terminar estas palabras diciendo que tiene para mí un especial significado el hecho de que este premio lleve el nombre de Manuel Rojas. Un escritor hecho a sí mismo, un sobreviviente a su aventura vital, quien logró convertir sus propias experiencias y las de los hombres con quienes compartió su tiempo, en materia narrativa

para sus espléndidas ficciones. A eso he dedicado también yo mis mejores energías. Me identifico plenamente con esa forma de entender la simbiosis de la vida y la creación literaria, donde las miserias y asombros de la sobrevivencia cotidiana engendran la libertad de la imaginación. Muchas gracias.